

## EL PRIMER PLAN DE TRABAJO EN LA HISTORIA DE LA ANTROPOLOGIA

ALFONSO SANDOVAL ARRIAGA

*Por sí misma, la verdad no es en absoluto una potencia (...). Por el contrario, es preciso que ponga el poder de su lado o que se ponga de lado del poder; de otro modo, perecerá siempre.*

F. Nietzsche.

El análisis histórico ocupa un importante lugar en los estudios sobre los problemas teóricos y metodológicos de las disciplinas antropológicas. Con la intención de contribuir modestamente a dichos trabajos, será útil dar a conocer un documento poco difundido y de gran interés, por constituir el programa de actividades de la primera asociación antropológica en el mundo: la Introducción a las Memorias de la Sociedad de los Observadores del Hombre, redactada en 1801 por Louis-François Jauffret.

Para ubicar históricamente este documento, se hará un breve examen de sus antecedentes, su contexto y sus principales tesis y proposiciones.

### ANTECEDENTES Y UBICACIÓN HISTÓRICA GENERAL

La *Société des Observateurs de l'Homme*,<sup>1</sup> "antecesora venerable de todas las sociedades antropológicas presentes y pasadas",<sup>2</sup> fue fundada en Frimario del año VIII<sup>3</sup> (diciem-

<sup>1</sup> En lo sucesivo, se le designará con las siglas SOH.

<sup>2</sup> Hervé, 1909 a: 473 (trad. A. S.).

<sup>3</sup> Según el calendario revolucionario francés, que estuvo en vigor desde el 22 de septiembre de 1792 hasta el 31 de diciembre de 1805. Debido a que la mayor parte de las fechas citadas en este trabajo corresponden a dicho período, se darán, en cada caso, la fecha original y su equivalente en el calendario gregoriano.

bre de 1799), en París. Los diez miembros fundadores fueron: el naturalista *L.-F. Jauffret* (secretario perpetuo), el historiador *De Maymieux* (primer presidente), el lingüista *Le Blond* (primer vicepresidente), el abate *Sicard*, el clérigo *A. Jauffret* (hermano del naturalista) y los ciudadanos *Bon-nefoux*, *La Chaussée*, *Lerminier*, *Mathieu-Montmorency* y *Portalis*.<sup>4</sup>

Poco después, la SOH llegó a tener, por lo menos, sesenta miembros, entre los cuales destacan los naturalistas *G. Cuvier*, *A. L. de Jussieu* y el propio *L.-F. Jauffret*; los médicos *P. Cabanis*, *J. Moreau de la Sarthe* y *Ph. Pinel*; los lingüistas *A. C. Destutt de Tracy*, *J. M. de Gérando*, *R. A. Sicard* y *J. M. Itard*; los historiadores y arqueólogos *C. L. Sainte-Croix*, *C. F. Volney* y *C. A. Walckenaer*; los exploradores *N. Baudin*, *L. A. de Bougainville* y *F. Levaillant*; el químico *F. Fourcroy* y el filósofo *P. Laromiguière*.<sup>5</sup>

En su corta vida (cerca de cinco años), la SOH emprendió diversas actividades que, en su mayor parte, no llegaron a obtener los resultados deseados. Las principales fueron las siguientes:

a) La integración del primer volumen de las Memorias de la SOH, que debía contener diversos trabajos de sus miembros y que nunca llegó a publicarse. En la sesión del martes 4º complementario del año X (21 de septiembre de 1802), *Jauffret* anunció que dicho volumen estaba ya en impresión; sin embargo, por falta de recursos y de cuidado, no llegó a concluirse y sólo se pudo recuperar, un siglo después, la Introducción redactada por el propio *Jauffret*.<sup>6</sup>

b) Las Instrucciones dadas a la expedición de los navíos *Géographe* y *Naturaliste* al Mar del Sur y Nueva Holanda (Australia), a cuyo mando estaba el capitán *N. Baudin*. Este viaje fue organizado en 1800 por el Museo de Historia Natural de París, y se solicitó a la SOH la elaboración de Instrucciones para las investigaciones a efectuar. *G. Cuvier* redactó la parte relativa al "hombre físico"<sup>7</sup> y *J. M. de Gé-*

<sup>4</sup> Hervé, 1909 a: 474.

<sup>5</sup> Bouteiller, 1956: 449. Ahí se incluye la lista completa de los miembros de la SOH, y se hace notar que casi cuarenta de ellos eran médicos.

<sup>6</sup> Hervé, 1909 a: 475.

<sup>7</sup> "Note instructive sur les recherches à faire relativement aux différences anatomiques des diverses races d'hommes". Permaneció inédita más de un siglo, hasta que fue publicada en G. HERVE. A la recherche

rando la correspondiente al "hombre moral".<sup>8</sup> Se desconocen los resultados obtenidos por dicha expedición, pero es indudable que tales Instrucciones fueron el primer intento por sistematizar la observación antropológica.

c) El estudio de un joven chino de 23 años de edad, llamado Tchong-A-Sam, hospitalizado en París en 1800, Cuvier, Jauffret y Le Blond efectuaron diversas observaciones físicas, intelectuales y lingüísticas, comparándolas con las características de la raza mongólica conocidas entonces.<sup>9</sup>

d) La puesta en concurso de dos premios, que debían haber sido otorgados en los años XI y XII (1803 y 1804, aproximadamente), a sendos trabajos de investigación. El tema propuesto para el primero fue el registro detallado del desarrollo de "las facultades físicas, morales e intelectuales" en varios niños. Para el segundo premio, se sugería observar "la influencia de las diferentes ocupaciones sobre el carácter de quienes las ejercen". Estos premios no llegaron a adjudicarse.<sup>10</sup>

e) Hubo otros trabajos, de algunos miembros de la SOH, que se dieron a conocer en sus diversas sesiones. Por ejemplo, el estudio sobre el "salvaje de Aveyron", efectuado por Itard y de Gérando;<sup>11</sup> los trabajos de Sicard, Jauffret y Massieu sobre el lenguaje de los sordomudos; los estudios médicos de Pinel sobre "las diferentes clases de alienados" y las observaciones etnográficas de Patrin sobre los siberianos y los tártaros, o las de Legout sobre los hindúes.<sup>12</sup>

Las reuniones de la SOH se efectuaron regularmente, de 1800 a 1804, en el Hotel La Rochfoucault de París. Sin embargo, la SOH fue disgregándose por diversas causas; entre ellas, la falta de apoyo y recursos, las dificultades impuestas por el bloqueo continental y los desacuerdos entre sus miembros, con respecto a la proclamación del imperio napoleónico.

d'un manuscrit: les instructions anthropologiques de G. Cuvier pour le Voyage du Géographe et du Naturaliste aux Terres Australes. *Revue de l'École d'Anthropologie de Paris*, 20e année, 1910: 289-306.

<sup>8</sup> "Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages". Fueron publicadas en París, el año VIII (1800). Se reprodujeron en la *Revue d'Anthropologie*, t. 6, 1883: 132-132.

<sup>9</sup> Hervé, 1909 b.

<sup>10</sup> Bouteiller, 1956: 463.

<sup>11</sup> J. M. ITARD. *Rapport sur les nouveaux développements de Victor de l'Aveyron*, París, 1806. Reeditado en L. MASON. *Les enfants sauvages*, París, 1964. Citado en Foucault, 1978: 98.

<sup>12</sup> Bouteiller, 1956: 463.

La última sesión se llevó a cabo el 18 Pradial del año XII (7 de junio de 1804). Hacia 1805, la SOH desapareció y sus restantes miembros se unieron a la *Société Philanthropique*.<sup>13</sup>

El contexto en que se formó la SOH es muy interesante, ya que constituye una época de transición, tanto en el aspecto sociopolítico como en el científico. En lo referente al primero, cabe señalar algunos hechos significativos:

La SOH se fundó hacia el final de la Revolución Francesa, pocos años después de que concluyera la fase radical de la misma (1792-1794), en la cual se conjuntaron el Terror; la *levée en masse*; la Constitución de 1793, profundamente igualitaria; los planteamientos más avanzados de jacobinos como Robespierre y Sain-Just; la ejecución de los reyes; la máxima movilización de las masas; etcétera.<sup>14</sup>

Esa fase fue liquidada por la llamada "reacción thermidoriana", con el golpe del 9 Thermidor del año II (27 de julio de 1794), dando paso, en 1795, a la disolución de la Convención, la formación del Directorio y la elaboración de una nueva Constitución, mucho más moderada. En esta etapa de reflujó, se inicia el ascenso abierto de Napoleón Bonaparte, quien, después de las campañas de Italia y de Egipto, da el golpe de estado del 18 Brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799), estableciendo el Consulado y nombrándose Primer Cónsul.

Un mes después, se funda la SOH, cuyos trabajos corren paralelos al propio Consulado, ya que su sesión final (1804) tuvo lugar, precisamente, casi un mes después de que Napoleón se nombrara Emperador. Más allá de las coincidencias, hay que destacar el hecho de que la SOH, por una parte, aún conserva elementos de impulso revolucionario y crítico; mientras que, por la otra, anuncia también la consolidación del nuevo régimen.

Desde el punto de vista científico, la SOH también vive una etapa de transición. Prolonga, en buena medida, los temas "antropológicos" de los filósofos de la Ilustración, particularmente los de Buffon y Rousseau; pero, al mismo tiempo, se

<sup>13</sup> *Ibidem*: 464. Hervé (1909 a: 475) coincide en señalar esta fecha; en cambio, Broca (1869: cviii) menciona que la SOH desapareció en 1803. Tomando en cuenta que Hervé y Bouteiller se fundamentan en los propios registros de las sesiones de la SOH, parece más correcta su afirmación, aunque Vallois (1960: 295) y Comas (1962: 7; 1979: 5) hayan preferido la fecha indicada por Broca.

<sup>14</sup> Hobsbawn, 1978: 122-136.

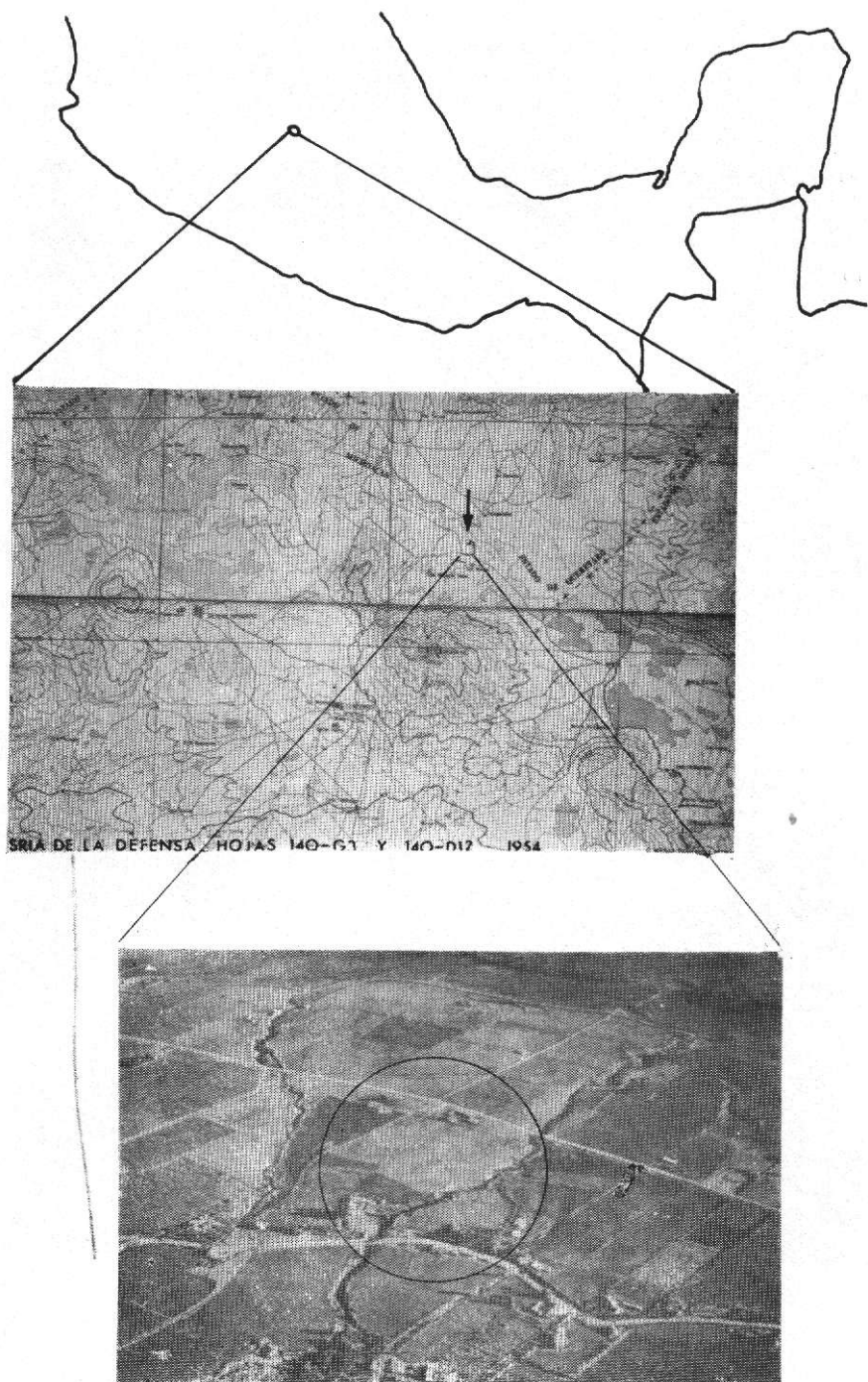


FIG. 1. Esquema de localización.



Foro 1. Copia de la fotografía aérea vertical de DETENAL Esc. 1:25,000 (Zona 12B, Línea 1, foto 10). A, sitio, B; Río Lerma, C y D: canales modernos, E: camino Temascalcingo-Molinos de Caballero.

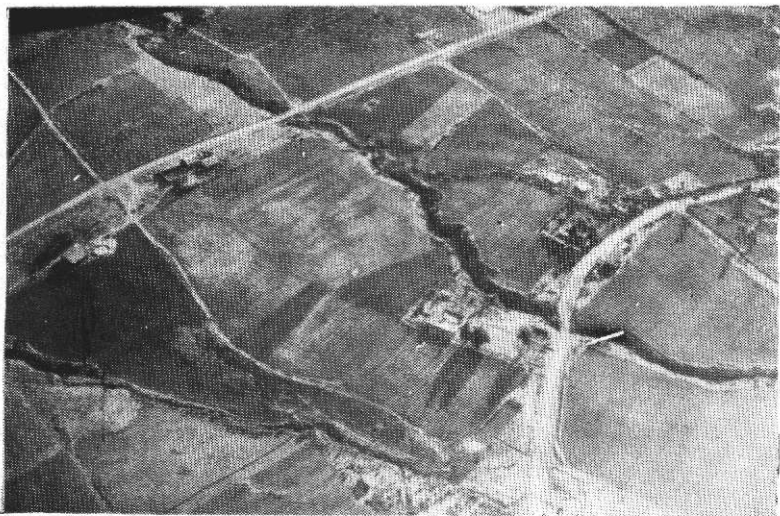


Foto 2. Vista aérea del sitio viendo hacia el noreste (oblicua baja, tomada en marzo de 1980).

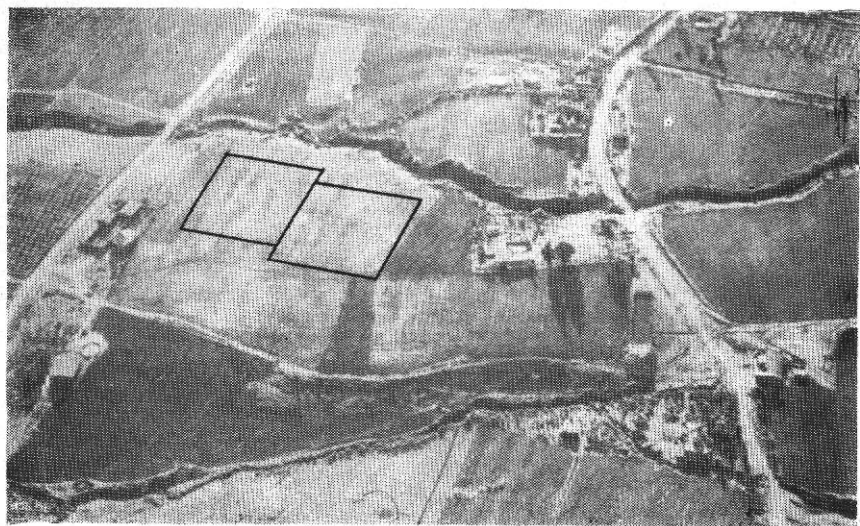


Foto 3. Vista aérea del sitio viendo hacia el este (oblicua baja, tomada en marzo de 1980). Los cuadros corresponden aproximadamente a aquellos en que se practicó la prospección arqueológica.

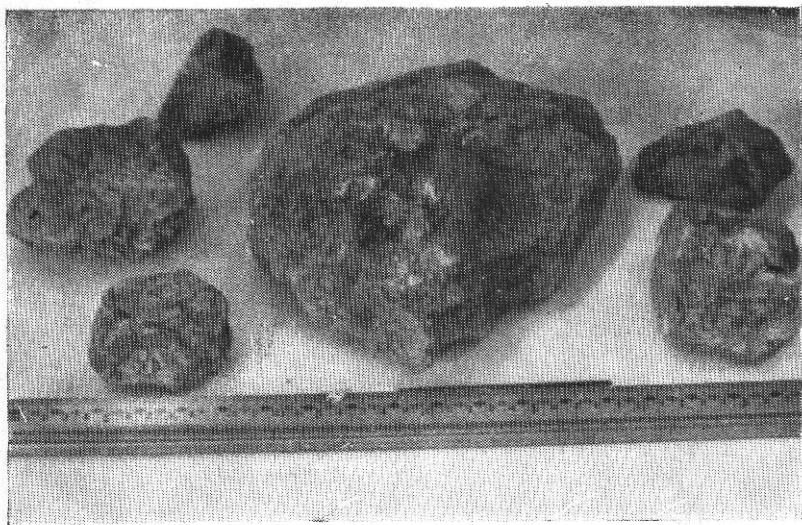


Foto 4. Fragmentos de arcilla quemada mezclada con fibras vegetales, hallados en superficie.

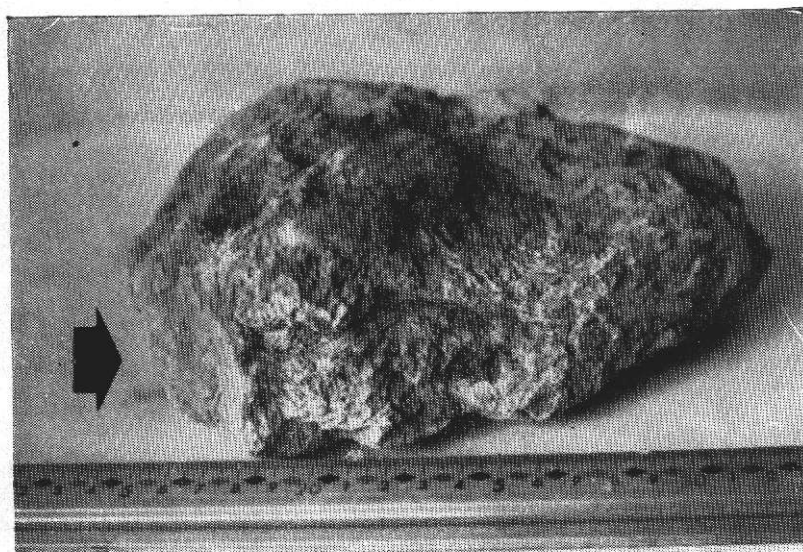


Foto 5. Acercamiento del fragmento en el centro de la fotografía No. 4. La flecha señala el aplanamiento que forma una cara.



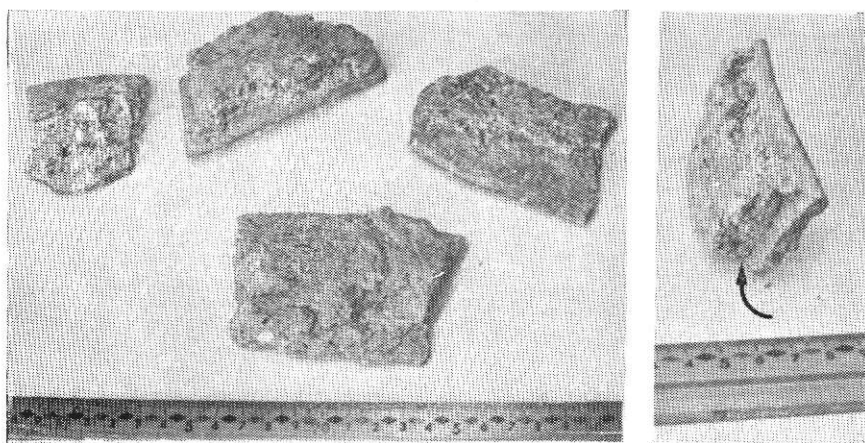


FOTO 6. Tepalcates en los que se notan adherencias de arcilla quemada mezclada con fibras vegetales. La flecha señala el espesor de capa de arcilla.

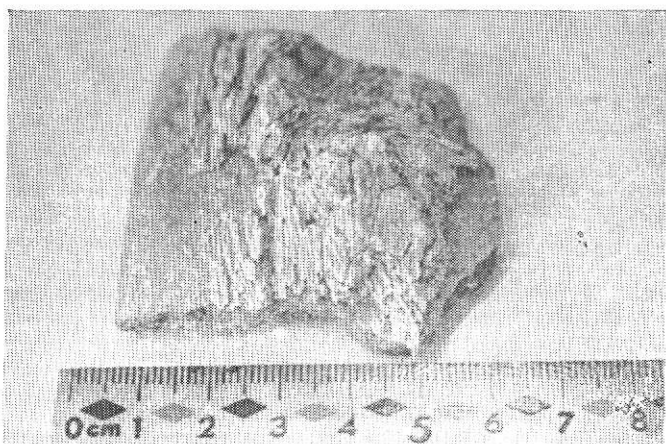


FOTO 7. Acercamiento del tepalcate en la esquina superior izquierda de la foto No. 6. Nótese la impresión de las fibras vegetales en la arcilla.

ubica ya en la conformación de un discurso y una práctica “antropológicos”, en el sentido moderno de la palabra.

Cabe hacer mención de que el “campo antropológico”, tal como hoy lo entendemos, empieza a estructurarse a mediados del siglo XVIII. Anteriormente, el término “antropología” tuvo un sentido filosófico (reflexión moral o metafísica sobre el hombre) o puramente anatómico (por oposición a la anatomía de otras especies); ya en el Siglo de las Luces adquiere el significado de una “descripción del cuerpo y del alma”.<sup>15</sup> En los filósofos de la Ilustración encontramos elementos más o menos dispersos de ese conocimiento; pero es hasta 1749, con la *Histoire naturelle de l'homme*, de Buffon,<sup>16</sup> que por vez primera se unen, en un solo discurso, el estudio del hombre como especie, de sus variedades, de sus pueblos y de sus facultades.<sup>17</sup>

Por la misma época, Rousseau inauguraba, como señala Lévi-Strauss, el pensamiento y los problemas específicamente etnológicos.<sup>18</sup> Además, existía ya una abundante, aunque heterogénea, colección de relaciones de viajes y de exploraciones, que ofrecían materiales para intentar generalizaciones. Así, alrededor de 1770, aparecen las *Recherches philosophiques sur les Américains*, de Cornelius de Pauw, que —según Duchet— constituyen, junto con la obra de Buffon, “nuestro primer tratado de antropología”.<sup>19</sup>

Sin embargo, sólo hasta fines del siglo XVIII empieza a distinguirse la “antropología” del discurso filosófico general de la Ilustración. En 1788 se publicó la *Anthropologie ou science générale de l'homme*, de A. C. Chavannes,<sup>20</sup> dividida en nueve partes, entre las cuales destacan la “antropología física”, la “etnología” y la “glosología”. En 1795, F.J. Blumenbach utiliza ya claramente el término “antropología”, pero casi limitado al sentido de “antropología física”,<sup>21</sup> con lo cual

<sup>15</sup> Topinard, 1885: 58-59.

<sup>16</sup> G. L. Leclerc, conde de BUFFON. *Oeuvres complètes*, 22 vol., París, Pourrat, 1833-1834: t. VIII y IX.

<sup>17</sup> Duchet, 1975: 202-203.

<sup>18</sup> C. LEVI-STRAUSS. J. J. Rousseau, fondateur des sciences de l'homme, en *J. J. Rousseau* (varios autores), París, La Baconnière, 1963: 240. Citado en Duchet, 1975: 278.

<sup>19</sup> Duchet, 1975: 101.

<sup>20</sup> Esta obra de Chavannes fue publicada en Lausana, un año después de que apareciera el *Essai sur l'éducation intellectuelle, avec le projet d'une science nouvelle* (1787), del mismo autor, donde se esbozaba ya una “antropología” (Duchet, 1975: 13 y 451; Comas, 1979: 5).

<sup>21</sup> Topinard, 1885: 59; Comas, 1979: 4.

se inicia su separación de las ramas "etnológica" y "lingüística". En este punto de divergencia se ubica precisamente la SOH, oscilando entre los conceptos "unitarios", heredados de la Ilustración, y la especialización, en sus diversos campos.

Posteriormente, dicha divergencia se hace mayor, desarrollándose las diversas disciplinas antropológicas con relativa autonomía. La siguiente asociación antropológica, que se formó cuarenta años después de la SOH, fue la *Société Ethnologique de Paris*, fundada por William Edwards en 1839 y desaparecida hacia 1847.<sup>22</sup> Poco después, se fundaron Sociedades Etnológicas en Nueva York (1842) y Londres (1843). En fin, en 1859, Paul Broca fundó la *Société d'Anthropologie de Paris*, primera de su tipo que logró consolidarse y continuar sus trabajos sin interrupción. Para entonces, ya los términos de "antropología" (en el sentido físico) y "etnología" habían adquirido una significación claramente distinta,<sup>23</sup> que no ha cambiado, en lo esencial, hasta nuestros días.

#### DATOS Y OBSERVACIONES PARTICULARES

Louis-François Jauffret nació en 1770, de origen provenzal. Fue naturalista, pedagogo y publicista.<sup>24</sup> Poco antes de la formación de la SOH, publicó una obra de pedagogía moral, llamada *Les charmes de l'enfance et les plaisirs de l'amour maternel*, así como unos *Idylles* y una *Zoographie* en verso. Paralelamente a sus actividades como secretario perpetuo de la SOH, impartió dos cursos en el Louvre, sobre las razas humanas y sus costumbres.<sup>25</sup> Después de 1815, continuó esos cursos en el Museo de Marsella; en esta ciudad dirigió, hasta su muerte, la Biblioteca Pública y el Gabinete de Medallas y Antigüedades.<sup>26</sup>

Históricamente, su trabajo más importante es la *Introduction aux Mémoires de la Société des Observateurs de l'Homme* que, como su nombre lo indica, debía ser la introducción al primer volumen de las proyectadas Memorias. Este

<sup>22</sup> Topinard, 1885: 119 y 126.

<sup>23</sup> Topinard, 1876.

<sup>24</sup> Hervé (1909 a: 474) considera a Jauffret "publicista y pedagogo", en tanto que Bouteiller (1956: 449) lo llama "naturalista". Sus trabajos y actividades parecen justificar ambas afirmaciones.

<sup>25</sup> G. Hervé. Les premiers cours d'Anthropologie (con fragmentos de las lecciones de Jauffret). *Revue anthropologique*, 1914: 255-276.

<sup>26</sup> Bouteiller, 1956: 450.

documento fue leído en la sesión del 18 Messidor del año IX (6 de julio de 1801),<sup>27</sup> permaneciendo inédito hasta 1909.<sup>28</sup>

En dicho texto, se desarrollan los conceptos y proposiciones sobre los trabajos que deseaba emprender la SOH, en tres campos principales: físico, moral e intelectual. Señalaremos las principales cuestiones planteadas en cada uno de ellos, a fin de tener una idea más precisa de su problemática general, indicando algunas relaciones con los conceptos y la ideología de la época:

a) Dentro del campo físico, son cuatro los problemas sobre los cuales se proponía investigar la SOH: la historia de las variedades naturales del hombre (razas); el lugar de la especie humana en el reino animal; el estudio fisiognómico y las relaciones entre medicina, higiene y moral.

Los dos primeros aspectos son una prolongación de algunos temas muy discutidos por los naturalistas y filósofos de la ilustración, particularmente Linneo y Buffon.<sup>29</sup> Incluso a nivel epistemológico, se advierte la gran influencia de la "Historia Natural" del siglo XVIII: desde el propio título de la SOH, se insiste en la "observación", la "mirada atenta" y la descripción minuciosa de los hechos, como los métodos fundamentales para el conocimiento del hombre. debe recordarse, por una parte, que dicha "Historia Natural" no era, en modo alguno, una biología, sino un inventario y taxonomía de todos los seres (vivos o no);<sup>30</sup> por otra, que el naturalista se basaba principalmente en la vista, sentido privilegiado para "la aparición de sus objetos filtrados: líneas, superficies, formas relieves".<sup>31</sup>

<sup>27</sup> Según Hervé (1909 a: 476), con base en las notas del propio Jauffret. En cambio, Bouteiller (1956: 450) da como fecha "29 Frimaire, an X (21 de septiembre 1802)". Esto conlleva dos equívocos: en primer lugar, no corresponden entre sí ambas fechas (el 29 Frimario del año X sería el 19 de diciembre de 1801); en segundo lugar, la sesión del 21 de septiembre de 1802 (que, en realidad, fue el martes 4º complementario del año X) fue en la cual Jauffret anunció que el volumen de las Memorias estaba ya en impresión (Hervé, 1909 a: 475). Tal vez, en el 29 Frimario se leyó otra versión de la *Introduction*, puesto que Bouteiller se refiere a un documento titulado "Aperçu des travaux entrepris par la Société".

<sup>28</sup> El texto de Jauffret fue publicado en Hervé, 1909 a: 476-487 y, bajo el mismo nombre, en *La Revue Scientifique*, París, 23 de octubre de 1909: 520-528.

<sup>29</sup> Duchet, 1975: 199-242.

<sup>30</sup> Foucault, 1978: 161.

<sup>31</sup> *Ibidem*: 133.

Los otros dos aspectos son cuestiones claramente ubicadas en su época: la fisiognómica (estudio de las relaciones entre el carácter individual y la fisonomía externa), disciplina planteada desde la antigüedad clásica, tuvo gran auge en la segunda mitad del siglo XVIII. La relación estrecha entre medicina, moral y política, fue un tema desarrollado ampliamente por los médicos franceses, después de la Revolución. Las ideas acerca de una profesión médica nacionalizada, la desaparición social de la enfermedad y el papel del médico para conformar la salud, la virtud y la felicidad de los pueblos, condujeron a F. Lanthenas a plantear una tesis muy significativa: "...la medicina será lo que debe ser: el conocimiento del hombre natural y social".<sup>32</sup>

b) En el campo *moral*, destacan tres problemas generales: el origen de los pueblos y las instituciones; la "antropología comparada" de los pueblos actuales y los estudios sobre los sistemas de "moral y legislación". En ellos, se reconocen las primeras reflexiones de tipo etnológico (*Rousseau, de Pauw*, etcétera), a las cuales ya nos referimos anteriormente.<sup>33</sup> También se mencionan dos proyectos a realizar: una "topografía antropológica" o "antropografía" de Francia y de otras regiones del mundo, y el establecimiento de un "Museo antropológico".

c) Por lo que se refiere al campo *intelectual*, son dos los problemas básicos: el desarrollo de las "facultades del alma" y el origen y formación de las lenguas. Ambas cuestiones tienen una estrecha relación con las teorías de Rousseau y con la "Ideología", término creado por Destutt de Tracy, para indicar "el análisis de las sensaciones y de las ideas"; corriente filosófica que señala el tránsito del empirismo iluminista al espiritualismo tradicionalista de la primera mitad del siglo XIX. Se sugerían tres grandes proyectos: un "Diccionario de los signos", sobre las señales y los gestos de los sordomudos y los salvajes; una "experiencia sobre el hombre natural", estudiando niños aislados de todo contacto social; y un "Diccionario comparativo" de todas las

<sup>32</sup> F. Lanthenas. *De l'influence de la liberté sur la santé, la morale et le bonheur*, París, 1798: 18. Citado en Foucault, 1966: 61.

<sup>33</sup> Véanse, en la excelente obra de Duchet (1975), los datos sobre la documentación etnográfica del siglo XVIII y sobre la aparición del pensamiento etnológico.

lenguas conocidas", idea formulada por De Brosses y otros lingüistas de la época.

Este breve análisis del texto, muestra su particular carácter de transición, entre las concepciones de la ilustración y la antropología "moderna". Muestra también sus oscilaciones e indefiniciones, reflejo de las que tenía la propia SOH, a nivel teórico y político. En efecto, uno de los hechos que precipitaron su fin, fue la división entre sus miembros con respecto al recién nombrado Emperador de Francia.

En la última sesión de la SOH, Jauffret propuso a la misma que manifestara "su respetuosa devoción y alta admiración por la augusta persona de Napoleón", por lo cual se dirigiría una carta "a Su Majestad Imperial, con el fin de solicitar el permiso para dedicarle las Memorias de la Compañía, y para tomar el nombre de Sociedad Imperial de los Observadores del Hombre".<sup>34</sup> Parece ser que algunos miembros de la SOH, de convicciones republicanas, no estuvieron de acuerdo con tal posición, lo que vino a sumarse a las dificultades y obstáculos que ya padecía la SOH. A todo esto, seguramente se agregó la enemistad entre Napoleón y los "ideólogos", varios de los cuales eran miembros de la SOH (*Destutt de Tracy, Cabanis, Volney, Fourcroy, etcétera*).

Estos diversos factores condujeron a la disolución definitiva de la SOH en 1805. Al respecto, Broca señalaba que:

La Antropología no estaba aún tan sólidamente constituida, como para retener en su esfera las fuerzas extrañas que había llamado en su ayuda. En lugar de fijarlas sobre su propio terreno, las había arrastrado consigo, sobre el suelo movedizo de la Política.<sup>35</sup>

Sin duda, la falta de una estructura interna sólida, fue determinante para el fin de la SOH, pero también lo fue su ambigua relación con el poder estatal. En este sentido, la comparación con la fundación y la suerte de la *Socitété d'Anthropologie de Paris*, parece confirmar el epígrafe citado al comienzo del presente trabajo.

<sup>34</sup> Citado en Hervé, 1909 a: 475 (trad. A. S.).

<sup>35</sup> Broca, 1869: cvii (trad. A. S.).

A continuación, se transcribe la *introducción* de Jauffret, con base en el texto publicado por G. Hervé en 1909.<sup>36</sup> Al preparar esta versión en español, he incluido diversas notas aclaratorias, además de las originales (señaladas con las iniciales G.H.). Agradezco especialmente la ayuda del doctor Luis González, quien revisó la traducción del documento.

*Introducción a las Memorias de la Sociedad de los Observadores del Hombre* (37), por L. F. Jauffret

La *Sociedad de los Observadores del Hombre*<sup>38</sup> tuvo que ocuparse, antes que todo, de marcar bien el camino que había de seguir y determinar con precisión el género de trabajos que debía adoptar. Este era el único medio de justificar su título a los ojos del público y mostrar, de manera palpable, cuán útil puede ser su existencia para el progreso de una ciencia a la cual siempre se ha visto como la más noble de todas, aunque haya sido la menos cultivada.<sup>39</sup>

La Sociedad, por su solo título, muestra de qué manera cree poder llegar a un conocimiento más profundo del hombre. Su plan es, sobre todo, reunir muchos hechos, extender y multiplicar las observaciones, dejando de lado todas las vanas teorías, todas las atrevidas especulaciones, que solamente servirán para rodear de nuevas tinieblas un estudio ya tan oscuro por sí mismo.

Ella se propone observar al hombre en sus diferentes relaciones físicas, intelectuales y morales, teniendo siempre cuidado de mantenerse dentro de ciertos límites.

Por ejemplo, la observación del hombre físico incluye la anatomía y la fisiología, la medicina y la higiene; pero, en este aspecto, la sociedad jamás perderá de vista que su meta no es profundizar en esas diferentes ciencias, más que en lo referente a la historia natural del hombre propiamente dicha. Esta orientación particular le ofrecerá investiga-

<sup>36</sup> Hervé, 1909 a: 476-487.

<sup>37</sup> Una hoja del manuscrito, tachada por el autor, traía como primer título: *Bosquejo de los trabajos que deben ocupar a la Sociedad de los Observadores del Hombre* (G. H.).

<sup>38</sup> Todos los subrayados del texto corresponden a la versión original.

<sup>39</sup> Sin duda, Jauffret se refiere a la antropología; sin embargo, sólo la mencionará después, de modo más o menos indirecto, al hablar de "antropología comparada", de "topografía antropológica", de "antropografía" y de la "Ciencia del Hombre".

ciones más nuevas e importantes, y tendrá la ventaja de no confundir sus trabajos con los de las sociedades especiales de medicina y de cirugía.

Así, mientras estas últimas sociedades se ocuparán de sus investigaciones ordinarias y se esforzarán por perfeccionar el arte de curar, la de los *observadores del Hombre* dirigirá una mirada atenta a la fisonomía de los diversos habitantes de la Tierra; estudiará las causas que distinguen a un pueblo de otro y que alteran, en diversos países, la forma y el color primitivo de la especie humana.<sup>40</sup> De hecho, como dice Camper,<sup>41</sup> incluso a primera vista, no sólo el negro difiere del blanco, sino también el judío del cristiano, el español del francés, el francés del alemán, el alemán del inglés; además, limitándose a una nación en particular, y dividiéndola en diversas regiones, se reconocen marcadas diferencias aún entre los habitantes de las mismas. A menudo, los habitantes de una ciudad o de una aldea tienen una forma de cabeza, una fisonomía hereditaria, que los distinguen de todos sus vecinos. Estas diferencias aún no han sido suficientemente observadas; corresponde a la sociedad constatarlas y recoger, por medio de sus corresponsales, un número bastante grande de objetos de comparación, para que los hechos que publicará al respecto nada tengan de vago ni de incierto.

Únicamente por la reunión sucesiva de numerosos objetos de comparación, y por un trabajo completo sobre la anatomía comparada de los pueblos, se podrán caracterizar un día, de manera exacta, las variedades de la especie humana. Blumenbach,<sup>42</sup> para justificar la división que ha hecho del género humano, en cinco razas principales, publicó la descripción y la figura de algunos cráneos de diversos pue-

<sup>40</sup> Referencia a la teoría, formulada por Buffon, según la cual la raza blanca fue la original en la historia de la humanidad, mientras que las demás razas o variedades representan adaptaciones (al clima y la alimentación) o degeneraciones (por no haberse civilizado). Véase Duchet, 1975: 216-224.

<sup>41</sup> P. Camper (1722-1789), holandés, es considerado el fundador de la craneometría humana, según Topinard (1885: 69), quien se refiere a él como "matemático, filósofo, artista, médico, zoólogo, geólogo, zootecnista, e incluso hombre político" (*Ibidem*, trad. A. S.).

<sup>42</sup> F. J. Blumenbach (1753-1840), anatomista alemán, célebre por su extensa obra craneológica y raciológica, en la cual destacan *De generis humani varietate nativa* (1775) y las *Decades craniorum*, publicadas entre 1790 y 1873 (Topinard, 1885: 58).



blos,<sup>43</sup> los cuales forman parte de su rico gabinete anatómico. Se le debe agradecer, sin duda, el cuidado que tuvo para reunir esos primeros materiales de una historia de las variedades naturales del hombre, fundada sobre la observación; pero se debe esperar del tiempo y del interés de los viajeros, una más rica colección de objetos para comparar, antes de poder aventurar una clasificación metódica de las diferentes razas. El examen detallado de la parte ósea de la cabeza humana permite, sin duda, comparaciones interesantes; pero éstas serán equívocas, mientras que el examen se realice sobre el cráneo de un solo individuo, tomado al azar de la totalidad de un pueblo, y en tanto las observaciones no abarquen todas las regiones.

Corresponde a la *Sociedad de los Observadores del Hombre*, hacer notar los principales caracteres que distinguen a este ser de los animales, y que lo colocan, evidentemente, a la cabeza de todo el reino orgánico. Por ejemplo, su posición sobre dos pies con el cuerpo vertical —que Rousseau quiso discutirle<sup>44</sup>— queda perfectamente demostrada por la descripción anatómica de las partes que la favorecen y determinan, para que dicha descripción pueda ser ajena a los trabajos de una reunión que trata de dar al hombre todo el desarrollo moral del que es susceptible, restituyéndole toda su dignidad física.

Es imposible estudiar el cuerpo humano, sin estar sorprendido de la extrema flexibilidad que le permite soportar por igual los climas más opuestos, mientras que animales notables por su talla gigantesca y su extraordinaria fuerza, no pueden sobrepasar los estrechos límites de la morada que les asigna la naturaleza.

Es la conveniencia del clima y la calidad del sustento, lo que mantiene a cada animal sujeto a su morada primitiva. Aquel cuyo estómago soporta una mayor variedad de alimentos, o que se satisface con un sustento simple y burdo, soporta por eso mismo una mayor variedad de climas: ¡Afortunadamente para el hombre, los animales que ha-

<sup>43</sup> *Decades VI craniorum diversarum gentium*, 1790-1828 (G. H.).

<sup>44</sup> Esta afirmación de Jauffret es exagerada: Rousseau no rechazó el bipedismo como carácter específicamente humano, aunque llegó a sostener que algunos simios (orangutanes) pudieran ser "hombres" en estado de "pura naturaleza", sin el uso de la palabra, a la cual no la consideraba como esencial o "natural" para la especie humana (Duchet, 1975: 209-211).

brian de serle más útiles, son también los que la naturaleza organizó de manera que ocupen un mayor número de latitudes! La débil oveja habita más allá del círculo polar y también bajo la línea ecuatorial, mientras que el rinoceronte y el tigre apenas ocupan algunos grados, que jamás han podido franquear; la liebre y el conejo afrontan los climas helados del norte, mientras que el monstruoso hipopótamo perecería si saliera del corazón de Africa; en fin, el bueno y fiel compañero del hombre, el perro, habita con él en todas las zonas, y tanto el patagón como el europeo le confían el cuidado de sus rebaños; mientras que ese otro animal, al que algunos naturalistas no han vacilado en elevar hasta nosotros, porque tiene un imperfecto parecido exterior con el hombre,<sup>45</sup> está limitado a algunas regiones, y no habita siquiera una zona tan extensa como la marta cibelina.

La historia natural del hombre y de los animales, considerada bajo el punto de vista geográfico, fijará la atención de la sociedad. No se puede profundizarla, sin reconocer en el hombre una gran superioridad de organización y una clase de dominio; y sin asombrarse del poder que tiene de violentar en ocasiones la naturaleza, arrastrando consigo, por todas partes, las especies parásitas, y consiguiendo aclimatar algunas especies independientes a una gran distancia de sus regiones natales.

Si existen diferencias notables entre pueblo y pueblo, así como de una familia a otra, existen diferencias menos palpables, sin duda, pero sin embargo, tan reales, de individuo a individuo; y es el estudio profundo de estas diferencias, lo que constituye la *fisiognómica*.<sup>46</sup>

La Sociedad tiene que evitar aquí dos escollos: el pirronismo absoluto, que no ve en las diferentes fisonomías más que caracteres insignificantes; o la confianza excesiva, que pretende explicar el sentido de dichos caracteres y leer en

<sup>45</sup> Evidente alusión al simio y a Linneo, quien lo clasificó en el género humano (*Homo sylvestris* o *trogloodytes*). En este caso, como en la anterior referencia a Rousseau, Jauffret asume las tesis de Buffon, frente a dichos autores.

<sup>46</sup> El término "fisiognómica" es más usual, en español, que la traducción literal de "physiognomonie". Se refiere al estudio de los caracteres morfológicos de la cara y el cráneo, como indicadores de características psicológicas. Esta disciplina fue difundida, sobre todo, por los trabajos de J. G. Lavater (1741-1801), poeta y filósofo suizo.

ellos todo el destino de un hombre. Sin duda, es favorable para la tranquilidad pública y la dicha de los particulares, que la fisiognómica aún no sea más que una ciencia conjetural; que el rostro humano sea una especie de máscara a los ojos de quienes lo miran; y quizá entre en la sabiduría de la naturaleza, que el alfabeto de los caracteres misteriosos que imprimió sobre la frente de cada uno de nosotros, jamás nos sea revelado por completo. Sin embargo, reprobando al mismo tiempo el imprudente anhelo de querer descifrar cada uno de estos rasgos y la temeridad de pretender generalizar las inducciones, la sociedad no rechazará las observaciones sobre un tema tan nuevo e interesante; para ella será, inclusive, un deber publicarlas, cuando hayan sido dictadas por un celo prudente y esclarecido.

Se ve ya que la observación del hombre físico está íntimamente ligada a la del hombre moral, y que es casi imposible estudiar el cuerpo o el espíritu de manera aislada.

De este modo, los médicos con que la sociedad cuenta entre sus miembros,<sup>47</sup> abrirán para ella una fuente de investigaciones interesantes, siguiendo, con ojos observadores, la influencia de las afecciones del hombre sobre el funcionamiento de sus órganos, y la de éste sobre sus afecciones; desarrollando la acción continua del espíritu sobre el cuerpo y del cuerpo sobre el espíritu; destacando, en fin, que las pasiones del hombre son sus más crueles enemigos, ya que por sí solas fecundan el germen de casi todas las enfermedades.

¡Y que no se piense que sólo la moral puede beneficiarse de esta clase de consideraciones! La higiene y el arte de curar no obtendrán menores beneficios. La higiene, que no es en el fondo más que la moral puesta en práctica, alejará casi todos los males de que el hombre está amenazado, demostrándole que cada enfermedad es casi siempre el producto de un vicio; el arte de curar destruirá, o al menos neutralizará, la mayor parte de estos males, combatiendo en el hombre el mal moral, más aún que el mal físico.<sup>48</sup>

<sup>47</sup> Jean-Noel Hallé, Philippe Pinel, Bouvier, Moreau (de la Sarthe), Pierre Sue, Cabanis, Auguste Thouret, Pierre Lassus, Itard, Nysten, etcétera (G. H.).

<sup>48</sup> Cabanis, médico e "ideólogo", miembro de la SOH y figura importante en la reestructuración de la medicina francesa postrevolucionaria, defendió la idea del "médico-magistrado", señalando que éste debía ser "el vigilante de la moral, como de la salud pública". P. CABA-

Después de haber esbozado, de manera muy imperfecta, los trabajos que la sociedad ha creído su deber sugerir a la atención de sus miembros que cultivan especialmente la anatomía y la fisiología, la medicina y la higiene; damos igualmente una ligera idea de los trabajos que se proponen abarcar aquellos que han hecho un estudio particular de la historia y de las antigüedades, y aquellos que, por sus lejanos viajes, han adquirido o habrán de adquirir amplios conocimientos sobre las costumbres y los usos de los diversos pueblos.

Si hay un espectáculo digno de fijar las miradas de los hombres, de excitar la curiosidad de unos, de despertar la atención de otros, de dominar la admiración de todos, es sin duda el del género humano, elevándose desde los más lejanos siglos a una industrioidad superior, que coloca evidentemente a nuestra especie por encima de todas las demás; o más bien, que la convierte en una especie aparte—cuyo dominio es la Tierra entera— y a la cual, todas las demás están subordinadas. La sociedad, mirando hacia las diversas partes del mundo antiguo, observará la sucesión rápida y continua de las generaciones que lo han habitado; así como la osadía del hombre, que lo ha cubierto de monumentos, algunos de los cuales subsisten aun después de largos siglos. Se remontará hasta esas épocas en que la tradición ha situado la cuna de las artes, de las leyes y de las ciencias; buscará las huellas de la grandeza humana hasta en las ruinas que atestiguan su negación; se esforzará por desentrañar el origen y las diferentes migraciones de los pueblos; y, mientras que sus miembros viajeros<sup>49</sup> le permitirán conocer las diferentes naciones que ocupan actualmente la superficie de la Tierra, sus miembros historiadores<sup>50</sup> le harán conocer las que ahí brillaron en otros tiempos.

Investigaciones continuadas y pormenores extensos sobre los pueblos antiguos y, en particular, sobre aquellos que,

NIS. *Du degré de certitude de la médecine*, 3a. ed., París, 1819: 146. Citado en Foucault, 1966: 68.

<sup>49</sup> Bougainville, Patrin, Nicolás Baudin, Hamelin Bernier, André, Michaux, Dolomieu, Levaillant, Sonnini, Maugé, Riedlé, Bissy, etcétera (G. H.).

<sup>50</sup> Walckenaer, Millin, D'Ansse de Villoison, Volney, Larcher, Papon, Pfeffel, Silvestre de Sacy, Pastoret, Mathieu-Antoine Bouchaud, Loray, Marcel, Sainte-Croix, Clermont-Lodève, etcétera (G. H.).

no habiendo desempeñado un primer papel en la historia, son casi completamente desconocidos, darán una gran luz sobre la *Antropología comparada* y, por esta razón, la sociedad ha debido recomendarlos al interés de sus miembros que cultivan la ciencia de las antigüedades.

A la vez que las investigaciones sobre los usos y las costumbres de los pueblos antiguos, ayudarán a las que se podrán hacer sobre las costumbres y los usos de los pueblos modernos, las observaciones de los navegantes sobre los habitantes actuales de diversas regiones, proporcionarán luces valiosas sobre las primeras épocas de la historia del género humano. ¡Qué más propio, en efecto, para aclarar los puntos más oscuros de nuestra historia primitiva, que comparar las costumbres, los hábitos, el lenguaje y la industria de los diversos pueblos, sobre todo de aquellos que aún no están civilizados! ¡Y qué más satisfactorio, podemos agregar, que entregarse a una ocupación semejante y llegar a conocer un número infinito de pueblos, los cuales no merecen el injurioso desprecio que tenemos para ellos!

Hubo un tiempo en que el deseo de observar al hombre, para nada entraba en la ejecución de los viajes que ordenaban los gobiernos. Traer, de los países lejanos, animales, vegetales y sustancias minerales: he ahí cuál era el único motivo de todas las expediciones científicas. En cuanto a las expediciones comerciales, no tenían por meta más que ir a lo lejos a propagar nuestros vicios y a deshonar a la humanidad. El fin del siglo XVIII ha abierto un nuevo camino, y el comienzo de un nuevo siglo favorecerá el impulso dado. Caminando sobre las huellas de Cook,<sup>51</sup> y de ese viajero no menos ilustre con que la sociedad cuenta entre sus miembros,<sup>52</sup> observadores afanosos, corresponsales de la sociedad, han ido a estudiar al hombre sobre el vasto teatro del universo. Ilustrados sobre los principales errores cometidos por los antiguos viajeros, y sobre los vacíos que han dejado en sus relaciones, ellos se esforzarán por hacer lo que sus predecesores no lograron.

<sup>51</sup> Se refiere al célebre navegante inglés James Cook (1728-1779).

<sup>52</sup> Bougainville (G. H.). Este navegante francés (1728-1811) representa el prototipo del "viajero ilustrado" del siglo XVIII. Además de explorador, fue combatiente por la Independencia de Estados Unidos de América; mariscal, conde y senador de Napoleón; y llegó a ser presidente de la Academia de Ciencias de París.

Las consideraciones sobre los diversos métodos a seguir en la observación de los pueblos salvajes,<sup>53</sup> enviadas por la sociedad al capitán Baudin y a los observadores que lo acompañan, contienen un cuadro en el cual pueden realizar todas sus anotaciones. Estas consideraciones les recordarán continuamente los principales objetos sobre los cuales deben dirigir su atención y su interés, particularmente las observaciones sobre las señales de los salvajes, así como sobre sus gestos, con los cuales los gestos de los sordomudos tienen gran relación; más que sobre su lengua articulada, cuyo estudio ha sido demasiado descuidado por los antiguos viajeros, y que sólo se puede aprender siguiendo el orden más conforme a la generación de las ideas.

Tocaba a la sociedad colocar las primeras bases de una obra, cuya importancia no puede ser ignorada, y en la cual, el éxito irá siempre creciendo; un trabajo hecho para honrar, a la vez, a la reunión que lo haya emprendido y al gobierno que lo haya favorecido. Se sabe cuánta ilustración proporcionó a la Real Sociedad de Medicina el proyecto de una topografía médica de Francia,<sup>54</sup> que había comenzado a realizar. La Sociedad de los Observadores del Hombre ha concebido el proyecto de un trabajo análogo y no menos útil: una *Topografía antropológica de Francia* y a continuación, con la ayuda de sus corresponsales viajeros, una *Antropografía de las diferentes regiones*.<sup>55</sup>

Las observaciones topográficas son de una utilidad indispensable para determinar, de manera exacta, la influencia del clima sobre el hombre; y no se olvide que las diferencias observadas en lo físico y en lo moral de los individuos, se deben frecuentemente a dicha influencia; que el estado del cuerpo experimenta variaciones muy grandes, de acuerdo

<sup>53</sup> Redactadas por J. M. de Gérando, París, año VIII. En 4°, 57 p. (G. H.).

<sup>54</sup> La *Société Royale de Médecine* se creó en 1778, con todo el apoyo del gobierno monárquico. A diferencia de la tradicional *Faculté de Médecine*, "se convirtió, poco a poco, en un punto de centralización del saber, en una instancia de registro y juicio de toda la actividad médica" (Foucault, 1966: 51). Después de la Revolución, esta tendencia se reforzó, junto con la creciente influencia reconocida al ambiente físico y social, como determinante de la salud y la enfermedad (*Ibidem*: 52-56). Con ello, proliferaron los ensayos de "topografías médicas"; por ejemplo, los de Audin-Rouviere, Menuret, Murat y Souquet (*Ibidem*: 282-284).

<sup>55</sup> Fue A. L. de Jussieu, presidente de la Sociedad en el año IX, quien tuvo la primera idea de esta *Topografía antropológica* (G. H.).

a las diferentes estaciones del año; y ya que las diferencias entre ellas son causadas, en gran parte, por la manera como soplan los vientos en diversos tiempos, resulta que los vientos tienen también una marcada influencia en el estado del cuerpo humano; que los habitantes de una villa situada en un llano o en un valle, tienen enfermedades diferentes a los que viven sobre una colina o una montaña; que diversos alimentos afectan de diferente modo la economía animal; y que los pueblos pescadores deben presentar particularidades que los distinguan de aquellos que sólo viven de su caza.

Además de las diferentes observaciones que la sociedad espera del afán de los viajeros que se comunican con ella desde este momento, y de aquellos que se comunicarán con posterioridad, les pide también ayudar al proyecto que ha concebido, de reunir poco a poco, en un *Museo especial*,<sup>56</sup> diversos objetos relativos a los trabajos de los que ella se ocupa; particularmente, todos los productos de la industria de los salvajes, y todos los objetos de comparación que puedan servir para conocer las variedades de la especie humana, así como los hábitos y las costumbres de los pueblos antiguos y modernos.

No se puede negar que un establecimiento de este género, si el Gobierno se digna ayudar a su formación, debe llegar a ser, un día, tan estimable para la ciencia como estimulante para la simple curiosidad. ¿Y por qué no obtendría todo el favor que merece? La sociedad apenas lo ha concebido, y ya generosos particulares le han hecho donaciones. Viajeros, animados de un noble entusiasmo por el progreso de la ciencia del hombre, y marinos distinguidos y benévulos, le han prometido un tributo abundante de nuevos e interesantes objetos. Instrucciones particulares han sido dadas a estos dignos corresponsales, para dirigirlos en la elección de dichos objetos. Entonces, la sociedad solamente tendría necesidad de algunos donativos del gobierno, para estar segura de ver su museo, exitosamente enriquecido por los tributos de un celo sincero y de una benevolencia activa, ocupando muy pronto un lugar honorable entre los establecimientos consagrados a la instrucción pública.

<sup>56</sup> Este proyecto fue realizado parcialmente. Jauffret tuvo el honor de haberlo formulado. Publicó, con ese objeto, una *Memoria sobre el establecimiento de un museo antropológico*. París, imp. de Gillé, s. f. (1808), en 4° (G. H.).

Se ha visto, por todo lo que precede, que sólo recogiendo una gran cantidad de hechos y rodeándose de una multitud de objetos de comparación, la Sociedad quiere proceder al conocimiento del hombre. No abandonará el camino tan seguro de la observación, incluso dedicándose al estudio de las facultades del alma, ese estudio que fue tan estéril y poco desarrollado durante tantos siglos, porque se descuidó, hasta nuestros días, el apoyarlo sobre las mismas bases de otras ciencias naturales, es decir, sobre la observación y la experiencia.

Ya en la cuestión que la sociedad ha creído su deber proponer como tema del premio que adjudicará, en el transcurso del año XI, ha mostrado cuánta importancia da al obtener una serie de observaciones bien hechas, sobre los primeros desarrollos de las facultades del hombre, desde la cuna. Este trabajo, tan nuevo como interesante, sugerido por la sociedad a los verdaderos amigos de la filosofía, está sin duda rodeado de numerosas dificultades. Pero éstas no son insuperables; y, por otra parte, ¿por qué no se encontraría un cierto atractivo en el placer y el honor de vencerlas? ¿Por qué no se encontraría el mismo encanto al descubrir, con mirada atenta, el primer resplandor del espíritu que se despliega; al tener un registro detallado de los progresos de la inteligencia en un niño, o al ver nacer sus facultades una a una; que al estudiar las costumbres y la industria de un insecto, o al observar la floración de alguna planta extraña? ¿No será que, hasta que trate de observarse y conocerse él mismo, el hombre cesaría de experimentar esa curiosidad impaciente que lo agujonea desde que sus ojos se abren a la luz?

La sociedad posee en su seno hombres<sup>57</sup> que, habiendo profundizado con éxito en la ideología, podrán dirigir, con buenos resultados, todos los trabajos que juzgará necesario emprender, para esclarecer esta ciencia tan noble y, a la vez, tan despreciada.

¡Cuánta ayuda obtendrá de aquel de sus miembros<sup>58</sup> ocupado en el arte de instruir a los sordomudos! La obser-

<sup>57</sup> Destutt de Tracy, Volney, Cabanis, Garat, etcétera (G. H.).

<sup>58</sup> El abate Sicard (G. H.). Su verdadero nombre fue Roch Ambroise Cucurron (1742-1822). Pedagogo de profesión, fue director del Instituto para Sordomudos de Burdeos.



vación continua de estos desgraciados seres, de los procesos inventados para llegar hasta su inteligencia, de los signos por los cuales suplen a la palabra, de la penetración con que comprenden las ideas que se les presentan; el estudio filosófico de lo que ocurre en ellos después de la época de su instrucción, y el examen comparativo del desarrollo de las facultades en varios de estos individuos, ofrecerán a la sociedad una gran cantidad de hechos, tan curiosos como apropiados para conocer el origen de nuestras ideas, e indicarnos la verdadera manera como se desarrollan.

Si tocara a la *Sociedad de los Observadores del Hombre* entenderse con el instructor de los sordomudos, para hacer a varios de sus alumnos una serie de preguntas a su alcance, sobre la época que precedió a su instrucción, sus respuestas, conservadas con cuidado y sin alteración, serían materiales preciosos para una historia filosófica del espíritu humano.

Un trabajo importante, que el instructor de los sordomudos ha anunciado emprender, y cuya ejecución apresurará la sociedad, de ser posible, es un *Diccionario de los signos*. Una obra semejante sería un monumento nacional. Como daría la fiel traducción de los signos que emplean los sordomudos aún no instruidos para hacerse comprender, su lectura no sería solamente útil para comunicarse con estos infortunados, y con los pueblos salvajes; sino también para el filósofo, que seguiría en ella, con admirable facilidad, toda la historia de la generación de nuestras ideas.

Un día, posiblemente la sociedad tendrá que examinar si —para seguir de una manera tan nueva como extensa el desarrollo progresivo de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre— sería conveniente intentar, con la autorización del gobierno, una *experiencia sobre el hombre natural*, que consistiría en *hacer observar con cuidado, durante doce o quince años, a cuatro o seis niños, mitad de cada sexo, colocados desde su nacimiento en un mismo recinto lejos de toda institución social, y abandonados, para el desarrollo de las ideas y del lenguaje, al solo instinto de la naturaleza.*<sup>59</sup>

<sup>59</sup> Una persona que conoció a Jauffret, nos aseguró que esta experiencia había sido intentada, y que los resultados habían sido recogidos por uno de los miembros de la Sociedad, que no pudo mencionar (nota de Robert Reboul; G. H.).

Es indudable que un medio seguro para obtener una serie de observaciones, capaces de contribuir en gran medida al esclarecimiento del desarrollo de nuestras facultades, sería el colocar, desde su nacimiento, ante los ojos de la filosofía, algunos niños que, aislados de nuestras costumbres, de nuestras instituciones, de nuestros prejuicios, e incluso de nuestra lengua, sólo pudieran obrar y expresarse de acuerdo al instinto y al estado que la naturaleza da a todos los hombres.

Según el relato de Herodoto, en otros tiempos Psamético, rey de Egipto,<sup>60</sup> quiso intentar una educación de este género. Akbar, emperador del Mogol,<sup>61</sup> ensayó también, hace algunos siglos, el hacer educar niños alejados de toda sociedad. A partir de estos intentos, de los cuales la historia no asegura, siquiera, la autenticidad, ninguna tentativa análoga ha sido hecha por gobierno alguno. Una *experiencia sobre el hombre natural*, hecha en un siglo tan esclarecido como el nuestro, tendría, desde todo punto de vista, el mérito de la novedad.

Las numerosas dificultades ligadas a su ejecución, por sí solas, han asustado incluso a quienes mejor apreciaban sus ventajas. En efecto, una empresa semejante requeriría el sacrificio de una vida entera. Sería necesario, para dedicarse a ella, ser lo bastante joven para esperar razonablemente conducirla a su término; bastante filósofo para privarse, durante toda su duración, de los llamados beneplácitos de la sociedad; bastante desinteresado para sacrificar su fortuna a su gloria; bastante acomodado para no ser carga de nadie; sumamente precavido con los sistemas, para observar sin prejuicios; en fin, muy amigo de la verdad, para decir todo y no omitir nada.

¡Pero de qué valor no sería capaz aquel que pudiera abrir su corazón a la noble ambición de intentar por primera vez esta gran experiencia, con la cual trataría de levantar una esquina del velo misterioso que nos oculta los secretos de la naturaleza! Los hombres, ya hemos dicho, son por lo menos tan interesantes para ser observados, como las plan-

<sup>60</sup> Psamético I, fundador de la XXVI dinastía saíta. Reinó de 671 A.C. a 617 A.C.

<sup>61</sup> Akbar Iellaladin (1542-1605), emperador mogol del Indostán. Monarca ilustrado que promovió las artes y la educación. Se le llamaba "guardián de la humanidad".

tas o los insectos. ¿Por qué no se tendría entonces, dedicándose a un estudio tan nuevo e interesante como el del hombre mismo, el valor de un Commerson<sup>62</sup> y la paciencia de un Réaumur?<sup>63</sup>

La utilidad real de una *experiencia sobre el hombre natural*, los difíciles problemas que podría ayudar a resolver, tanto sobre el origen del lenguaje como sobre el origen de las ideas mismas y las nociones fundamentales del espíritu humano, la harían, sin duda, digna de la protección de un gobierno esclarecido. Muchos filósofos han intuido sus ventajas, y han deseado que un observador entusiasta fuese autorizado a intentarla. “Después de tantos siglos —dice Maupertuis,<sup>64</sup> en su *Carta sobre el progreso de las ciencias*— durante los cuales, a pesar de los esfuerzos de los más grandes hombres, nuestros conocimientos metafísicos no han hecho el menor progreso, es de creer que, si es en la naturaleza donde puedan hacerlo, sólo puede ser por medios tan nuevos y extraordinarios como éste”.

Cualesquiera que fuesen los resultados de una *experiencia sobre el hombre natural*, no podrían ser indiferentes. La misma nulidad de los resultados sería útil, porque, aclarando lo infructuoso de una educación completamente natural, nos enseñaría a valorar más el beneficio de las instituciones sociales, a las cuales debe el hombre lo que es actualmente.

Este proyecto de experiencia nos conduce, naturalmente, a mencionar las diversas observaciones a realizar sobre las lenguas, objeto importante que la sociedad ha tomado con mucho fervor, y que puede suministrarle los más valiosos resultados. La palabra es, después de la razón, la más bella prerrogativa del hombre. Si la naturaleza le hubiera negado este gran medio de comunicación, a pesar de todo hubiera llegado a representar sus ideas. El lenguaje de los gestos, tan perfeccionado como puede ser, supliría, al menos en parte, a la lengua hablada; pero, ¡cuánto más ventajosa es la palabra, y sus efectos, más rápidos! Es ella, sobre

<sup>62</sup> Ph. Commerson (1727-1773), naturalista francés que acompañó en sus viajes a Bougainville. Autor de extensos trabajos de ictiología y de monografías etnográficas sobre Tahití, Madagascar, etcétera.

<sup>63</sup> R. A. de Réaumur (1683-1757), químico y entomólogo francés.

<sup>64</sup> P. L. Moreau de Maupertuis (1698-1759), naturalista, matemático y astrónomo francés.

todo, la que distingue al hombre de todos los demás animales; por su medio, comunica con increíble rapidez sus necesidades, creencias, deseos e ideas; a través de ella, sale de la esfera circunscrita donde la naturaleza lo había colocado y se pone en relación con todos sus semejantes, sale con ellos de la barbarie y alcanza, poco a poco, el más alto grado de civilización.

Entra en las atribuciones de la sociedad, el considerar cómo se han formado las lenguas; reencontrar, de alguna manera, el camino que pudieron seguir los primeros hombres para combinar los elementos del habla y sujetarlos a reglas fijas. Sería un error creer que las palabras han sido hechas al azar. Una lengua en la cual únicamente la casualidad hubiera combinado los elementos, no sería más que un tremendo caos.

Es para volver a encontrar la ruta que siguieron los primeros inventores de las lenguas, que numerosas y exactas observaciones sobre los primeros sonidos articulados de los niños, serán muy útiles a la sociedad. Para expresarnos por sonidos imitativos, la naturaleza nos da, desde la infancia, los ruidos que nos llaman la atención y las voces de los animales que nos rodean. *Graznar, maullar, piar, arrullar, labrar, zumbiar, silbar*, son palabras que no han sido hechas al azar. Se puede suponer, entonces, que todas las otras han tenido primitivamente su razón, y que ésta sería muy clara para nosotros, si pudiéramos remontarnos a su origen.

Corresponde a la sociedad, y sobre todo a sus miembros que se dedican al estudio profundo de las lenguas antiguas y modernas, el desarrollar las grandes ideas que contiene el célebre Tratado del presidente De Brosses,<sup>65</sup> *Sobre la formación mecánica de las lenguas*. Leyendo esta obra grandiosa, se cree ser transportado al momento en que las lenguas se formaron. Se ve al instrumento vocal producir entonaciones imitativas, y a las entonaciones radicales, dar origen a una multitud infinita de palabras, articuladas de manera más o menos fuerte, más o menos ruda, más o menos gutural, más o menos dulce, según el carácter de los pueblos.

Sin embargo, tal era aún el descrédito en que se hallaba el arte etimológico cuando ese libro apareció, que el presi-

<sup>65</sup> Ch. de Brosses (1709-1777), historiador y lingüista francés.

dente De Brosses no obtuvo, en vida, toda la gloria que tenía derecho a esperar. Su reputación aumenta, sobre todo desde hace algunos años, porque hoy los buenos espíritus parecen dirigir sus esfuerzos hacia el estudio del lenguaje, y se comienza a considerar que el conocimiento de las palabras es como la llave del conocimiento de las cosas.

La sociedad, continuando las investigaciones de dicho autor sobre el mecanismo de las lenguas, rectificando algunas veces sus observaciones, apoyando sobre hechos nuevos y más amplias los principios que ha establecido y obteniendo, por su extensa correspondencia, nociones bien ordenadas sobre los diversos idiomas de los pueblos más salvajes, espera poder sentar las bases de un *Diccionario comparativo de todas las lenguas conocidas*, obra concebida por De Brosses, Court de Gébelin<sup>66</sup> y, después de ellos, por el célebre Pallas;<sup>67</sup> y que, si algún día es ejecutada, sólo podrá serlo por los constantes cuidados de la más activa y laboriosa de las sociedades.

Nos falta desarrollar, en pocas palabras, la meta que la sociedad ha señalado a sus miembros que están dedicados especialmente al estudio de la Moral y de la Legislación.

Estas dos ramas son igualmente extensas, igualmente dignas de atraer la atención y el interés de los *Observadores del Hombre*. Parece ser que las investigaciones de la sociedad, relativas a esta parte de sus trabajos, son susceptibles de tener una utilidad más general e inmediata; y merecen, por lo tanto, una especial atención.

Cuando se dirige al hombre la sentencia "*Conócete a tí mismo*", decía Cicerón que no es solamente para hacerle ver su pequeñez, sino también su grandeza. La sociedad, que ha adoptado como divisa la bella inscripción "*Conócete a tí mismo*", podría adoptar también el comentario que hace el filósofo romano. Por el solo hecho de su formación, esta sociedad ha mostrado, de manera muy clara, que sabe apreciar la grandeza del hombre. Ella lo demostrará, de modo aún más evidente, al confrontar el testimonio de todos los

<sup>66</sup> A. Court de Gébelin (1728-1784), historiador francés.

<sup>67</sup> P. S. Pallas (1741-1811), viajero y naturalista alemán. Célebre por sus expediciones a Rusia y Siberia, donde descubrió los primeros restos de mamuts congelados.

siglos y de todos los países con estos principios, contrarios a toda moral y toda legislación que rebajan al hombre al nivel de la bestia y le asignan la nada como último asilo.

El hombre es tan capaz de alcanzar elevados conocimientos, como de hacer grandes acciones, mientras que él mismo se estime valioso. En efecto, si no soy más que el bruto, ¿por qué consumir mis días en penoso estudio? ¿Por qué tantas investigaciones, que sólo llegarían a convencerme de lo bajo de mi naturaleza? Si desconozco las prerrogativas de mi espíritu y su celestial origen, ¿por qué tomar el trabajo de cultivarlo? Desde que la razón es tan solo el producto de la materia y se le deshereda para el porvenir, la virtud no es más que una vana palabra: están los sentidos para gobernar al hombre.

Investigaciones sobre los diversos sistemas de los filósofos antiguos y modernos mostrarían, de manera palpable, que los que han desconocido la grandeza de nuestra naturaleza, han sido aquellos cuya doctrina ha tenido los más funestos resultados, para la moral pública y particular.

Sería fácil extender estas investigaciones y oponer, a los principios de esos detractores de nuestra naturaleza, los principios, muy diferentes, de los filósofos y legisladores que, para llamar a los hombres a sus deberes, los han llamado primero a la estima de sí mismos.

La sociedad, buscando elevar la dignidad humana, esta bella prerrogativa que fue tan cruelmente ignorada, tan insolentemente ultrajada durante el horrible régimen que pesó algún tiempo sobre Francia, tendrá el mérito de concurrir, por la sola influencia de sus observaciones, a la extinción de los múltiples abusos que generó ese régimen odioso,<sup>68</sup> y que el gobierno actual aún no ha podido destruir completamente.

¡Ojalá pueda esta sociedad, por cuyos éxitos ya puede decirse que Europa se interesa, responder más adelante al glorioso destino que parece esperarla; y merecer que un día se diga de ella, que su fundación fue útil, tanto para el progreso de la ciencia, como para la felicidad de los hombres!

<sup>68</sup> Jauffret parece referirse al gobierno jacobino de la Convención y del Terror (1793-1794). Sus opiniones al respecto, así como su posterior entusiasmo por el imperio napoleónico, dan una idea de su posición política.

## SUMMARY

This paper presents the spanish translation of the *Introduction aux Mémoires de la Société des Observateurs de l'Homme*, written in 1801 by L. F. Jauffret. This document is the first working plan in the world history of anthropology. The sociopolitical and scientific conditionings of that Society are briefly analysed, as well as the principal concepts wich appear in the document.

## BIBLIOGRAFÍA

BOUTEILLER, M.

- 1956 *La Société des Observateurs de l'Homme, ancêtre de la Société d'Anthropologie de Paris. Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, serie X, t. 7: 448-465.

BROCA, P.

- 1869 *Histoire des progrès des étude anthropologiques depuis la fondation de la Société. Compte Rendu Decennal: 1859-1869. Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. 3. cv-cxxv.

COMAS, J.

- 1962 *Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México, 1862*. México, UNAM, 43 p. (Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Antropológica No. 16).
- 1979 *La construcción antropológica*, México, UNAM, 15 p.

DUCHET, M.

- 1975 *Antropología e historia en el Siglo de las Luces*, México, Siglo XXI, 478 p.

FOUCAULT, M.

- 1966 *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI, 293 p.
- 1978 *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 375 p.

HERVE, G.

- 1909a *Le premier programme de l'anthropologie. Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, serie V, t. 10: 473-487.
- 1909b *Le chinois Tchong-A-Sam à Paris. Notes and rapports inédits de L. F. Jauffret et de Le Blond à la Société des Observateurs de l'Homme. Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, serie v, t. 10: 171-179.

HOBBSAWM, E. J.

1978 *Las revoluciones burguesas*, 5a. ed., 2 vol., Barcelona, Guadarrama.

TOPINARD, P.

1876 *Anthropologie, ethnologie et ethnographie. Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 2a. serie, t. 11: 199-229.

---

1885 *Éléments d'anthropologie générale*, París, Delahaye, 1157 p.

VALLOIS, H. V.

1960 *La Société d'Anthropologie de Paris: 1859-1959. Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie*, serie XI, t. 1: 293-312.